

Exilio e historia

Nicolás Sánchez-Albornoz

La historia de las próximas páginas, no es la grande, la que se escribe con mayúscula, es decir la que da cuenta de la vida pasada de España en todas sus facetas. Ni siquiera contempla la de cualquiera de las dos Españas que la guerra civil separó. La historia que aquí se examina es la del oficio, esa modesta pero atractiva ocupación que consiste en enseñar, investigar y escribir sobre el pasado. Roto el gremio de los historiadores por la contienda y el exilio, ¿cómo quedó afectado el segmento desplazado? ¿Cómo se las arregló éste para reconstituir en tierra ajena su profesión y para seguir efectuando aportes significativos en su campo.

Historiadores no faltaron en el destierro español, que se conoce haber estado formado en gran parte por un número de profesionales de calidad. Los hubo que habían ejercido su profesión antes de dejar su tierra; otros hubo que se plegaron a la historia en el exilio sin más título que una dedicación apasionada. Entre unos y otros, ni llegaron a sumar un batallón, ni su destino fue el más trágico de los sufridos por los expatriados. Los historiadores no acabaron, afortunadamente para ellos, en el infierno de Mauthausen o de Dachau. Antes o después, la mayor parte encontró una manera de rehacer sus vidas en países lejanos sin abdicar de su vocación. El corte experimentado en su existencia les afectó más por la pérdida de la patria, su sostén material y psíquico, que por tener que renunciar a su ocupación. No cabe concluir por ello que la suerte fuera benigna con ellos. La áspera intemperie en la que se encontraron de repente, les sometió a pruebas diarias. La ansiedad condujo en el límite al suicidio, como tristemente ocurrió.

El grupo empezó su diáspora en 1936 y no la dio por concluida hasta 1976. Cuarenta años interminables transcurrieron entre los extremos de una ausencia que, al prolongarse, dio lugar a toda suerte de altas y de bajas, las últimas fundamentalmente por fallecimiento o, caso menos frecuente, por regreso antes de concluir el interinato dictatorial. El exilio no forma pues un bloque, sino que cobija estratos de fecha y duración distintas. A unos historiadores, la guerra les sorprendió ya fuera del país y no volvieron a una España en armas; los más hubieron de abandonarla por las malas al terminar la contienda civil; el tercer sector se asiló para escapar a la persecución de un régimen implacable. Esas capas se despliegan en abanico entre, por ejemplo, Claudio Sánchez-Albornoz, mi padre, que el estallido de la guerra encontró en Portugal, y, en el lado opuesto, Tuñón de Lara, huido de España en 1946 y formado como historiador en Francia. Ambos ejemplos, entresacados entre otros representativos, marcan los límites -del conservadurismo liberal hasta el marxismo- que abarcó el exilio, el espacio ideológico, en definitiva, de la democracia.

Malagón, refugiado él mismo y el primero en historiar el desgarramiento de la disciplina, apuntó hace años la extensión del grupo. Las líneas que él trazó, siguen siendo válidas. Quien quiera un inventario de figuras y obras no tiene más que consultar su trabajo, por lo demás aún asequible (“Los historiadores y la historia en el exilio”, *El exilio español de 1939*, Madrid, 1978, V:245-353). Por ampliable que sea -pues no hay estudios definitivos-, el trabajo permite por lo pronto pasar a otras cuestiones. Apellidos mencionaré en el curso de este texto, pero como puntos de apoyo para ciertos argumentos y sin tratar de ser exhaustivo. El breve ensayo que presento, se divide en dos partes correspondientes a dos circunstancias y dos momentos del exilio. La primera cubre los problemas de la inserción; la segunda parte, la variedad de aportes realizados.

Tribulaciones y trasvases

La historia es una vocación, pero también un oficio, en expresión de Marc Bloch. Cada oficio se mueve al amparo de instituciones que lo protegen. De la noche a la mañana, el refugiado se vio privado de semejante sostén, al tiempo que perdía terruño, familia, amistades y empleo. Al dejar el país, su entorno se hundió sin

remedio a sus pies. Considerando sólo el lado profesional de aquel drama, notemos que el historiador se vio alejado de la docencia -aulas y alumnos- y quedó cortado de los centros académicos, culturales o incluso políticos que habían cimentado su actividad hasta entonces. Excluido de su medio, se convirtió en cambio en un intruso. Pretendía caber en una sociedad ajena, cuyos códigos ignoraba y de la que hasta desconocía la lengua en algún caso. Incauto, necesitaba aprender a no parpadear ante las sorpresas que le esperaban y a olfatear qué persona o institución podía interesarse por lo que sabía hacer.

Los países a cuyas puertas llamaron los republicanos, arrastraban una crisis económica abierta hacía años. Al sobrevenir ésta, prendió una reacción conservadora que proclamaba la necesidad de reservar los puestos de trabajo a los connacionales. Ante la tragedia española, esa restricción resultaba de los más inoportuna. Francia acababa de echar un cierre legal al trabajo de los extranjeros, con una prohibición especial para el mundo académico, en el que los historiadores de no ser así habrían hallado algún cobijo. Francia fue no obstante el país que, al final, más refugiados acabaría por absorber. En América, los grupos conservadores explotaron hábilmente ante las clases medias el temor a la competencia laboral. Los gobiernos de fuerza de Latinoamérica, que eran muchos, recurrieron a ese argumento para cerrar las puertas a huéspedes indeseables por su demostrado activismo político. Incluso México no escapó a aquella presión social. La ley que, para dar asilo a los refugiados españoles, suspendió las restricciones legales impuestas a la inmigración extranjera, permitió la entrada de agricultores y prohibió expresamente la de los profesionales. Otra cosa es cómo México aplicó luego la ley. La generosidad que México desplegó con los republicanos es ya proverbial. En menor escala lo fue la de la Unión Soviética. En los países restantes, personas influyentes o entidades humanitarias locales o internacionales fueron las encargadas de vencer, con mayor o menor éxito, las trabas administrativas y de poner una nota de calor en la bienvenida.

El fuerte del historiador no era precisamente el más apreciado al otro lado del mar. España y su pasado no gozaban en general de una imagen cultural atractiva. Los prejuicios y estereotipos de siglos pasados, en recuerdo de las etapas más sombrías de la historia de España, permanecían a flor de piel, sin que la altura o el prestigio de la historiografía española reciente hubiera tenido ocasión de atenuarlos. Incluso la naturaleza de sus servicios profesionales no interesaba demasiado. Descontadas Asia, África y, por razones políticas, la Europa al oeste del Rin y de los Alpes, los posibles destinos se limitaban a cuatro: Inglaterra, Francia, los Estados Unidos e Hispanoamérica. Europa, presa de incertidumbres, no estaba en condiciones de abrir sus brazos a los refugiados, ni españoles ni tampoco de otros países totalitarios europeos. Subrayemos de paso que no sólo los españoles sufrieron destierro. En cuanto a Norteamérica, los historiadores, que hubieran podido actuar de anfitriones, no habían anudado aún los lazos que los unirían más tarde a sus colegas españoles. El desconocimiento entre ambos colectivos era mutuo. En todo el mundo, quedaba pues un solo lugar disponible y ese era Hispanoamérica. Viejos vínculos culturales, lingüísticos y profesionales entreabrieron las puertas de varias naciones de la región a los refugiados, sin ofrecerles un horizonte despejado. En los países hispanoamericanos, la historia no había alcanzado todavía un grado avanzado de profesionalización. Obras se escribían en todas partes con talento y buena pluma, pero dedicación específica había todavía poca, por no disponer la enseñanza e investigación de la historia de una dotación adecuada. Corrían eso sí vientos de renovación en círculos de México y Argentina, que agilizarían el asentamiento siguiente de refugiados.

El destierro halló a los historiadores españoles capacitados de forma satisfactoria, perfeccionada en algún caso en Europa. Tanto en España como en el extranjero, el rejuvenecimiento metodológico había comenzado a aplicarse por las edades más remotas: prehistoria, antigüedad y Edad Media. La revisión de la historia más reciente, moderna o contemporánea, tardaría en cambiar en llegar. La particular versación de los exiliados en la historia más distante de España no constituía pues baza alguna a su favor, sino lo contrario. América anteponía la historia compartida con España a los tiempos pretéritos que le merecían una curiosidad apenas genérica. Oferta y demanda históricas andaban pues con el paso cambiado.

La historia colonial y el proceso emancipador constituían la materia común con España. Por esta razón, los americanistas -Ots Capdequí, Aguilar y el más joven Iglesias- hallaron un acomodo más temprano en el destierro americano, como también lo consiguieron los expertos en instrumentos auxiliares de la historia

como era la paleografía. Millares Carlo, Mantecón, Bermejo, Artiles, Bonet, Muedra. fue convocados a leer y transcribir la letra procesal española que abundaba en los archivos coloniales. Los paleógrafos sólo tuvieron pues que renunciar a leer grafía carolingias u otras grafías medievales que no pasaron a América. El grueso de los historiadores necesitó en cambio cierto reciclaje. Tal es, por ejemplo, el giro drástico que hubo de efectuar Nicolau d'Olwer. Medievalista especializado en la Corona de Aragón pasó a ocuparse en México de la España contemporánea o de la historia propiamente americana. Solamente contadas figuras fueron capaces de mantenerse en sus trece en el exilio: el prehistoriador Bosch Gimpera en México y los medievalistas Américo Castro en los Estados Unidos y mi padre en Argentina. Los tres se las arreglaron para seguir haciendo lo mismo que antes. ¿Tesón o ineptitud para emprender nuevos rumbos? La docencia y las fuentes documentales disponibles en el hemisferio aconsejaban sin embargo decantarse por el americanismo. La primera generación granada en el exilio americano lo adoptó con plena naturalidad. Bosch García y Ortega Munilla, en México, y Pérez Villa, en Venezuela, constituyen ejemplos de precoz dedicación a la historia del país de asilo. Quienes procuraron en cambio mantenerse fieles a la historia española -J. Marichal o yo mismo, por ejemplo- acabaron dando una de cal y otra de arena. Unas temporadas estudiábamos temas españoles y otros americanos, a costa naturalmente de duplicar esfuerzos.

El plantel de historiadores se insertó en la profesión fuera de España de varios modos. Los catedráticos y profesores expulsados de España se incorporaron a las universidades y, detrás de ellos, entraron en la mayor parte de los países hispanoamericanos incluso los más jóvenes y más capaces profesores de Instituto. Los formados en el destierro lo hicieron más tarde a medida en que terminaron sus estudios. La enseñanza secundaria absorbió por su lado a una parte de ellos, más que nada en los colegios fundados por refugiados. Los departamentos de lengua de los Estados Unidos o de Francia abrieron luego nuevas oportunidades ofreciendo a los refugiados que enseñaran algo tan etéreo como es la civilización española. Al margen de la enseñanza, quienes renunciaron a la historia acabaron muy cerca de ella en la edición o en la enseñanza de la literatura y lengua españolas. Más allá, hubo aún quienes derivaron hacia el comercio u otras actividades. El corto número de deserciones fue compensado con creces por la afluencia al campo de la historia de otros profesionales. Cambios de tercio semejantes se habían producido antes en España, en una cultura sin demasiados compartimentos. Juristas, filósofos, médicos y científicos habían incursionado por territorios ajenos, unos por la historia de su disciplina y otros, como Marañón, por la general. Sin embargo, la acentuación del trasvase hacia la historia en el exilio parece más fruto de un impulso íntimo, que cultural. Para un refugiado, el pasado parecía constituir un punto de referencia ineludible. Lejos o cerca, según los enfoques, se hallaban las claves de los acontecimientos recientes. La historia pareció recuperar en el destierro su función antigua, la de maestra de la vida, de una vida de momento de penalidades.

El exilio conquistó para la historia a Miranda y Malagón, de formación jurídica, y a Grases y Miquel i Vergés, procedentes del campo de las letras. De la misma formación, Lloréns simultaneó la literatura con la historia de los destierros romántico y republicano. Filósofos exiliados como Gaos, García Bacca, Xirau, Gallegos Rocafull y Ferrater Mora se ocuparon de la historia del pensamiento español de diversas épocas y de su extensión americana. Médicos como Somolinos, Guerra y Martí-Ibáñez; científicos como Bargalló, Giral y Vera y, en ámbitos más reducidos, geógrafos como Vila, críticos de arte como Moreno Villa, ingenieros como Díaz Marta o, incluso diplomáticos como Azcárate se ocuparon de facetas del conjunto. La mención a secas de estos apellidos no sé si logran el efecto buscado al citarlos. Ignoramos si el ejemplo significa algo para las generaciones jóvenes o si es la primera vez que ven escritos sus nombres.

Las contribuciones

El destierro mantuvo apartados a los historiadores de las obligaciones académicas o políticas que habrían asumido normalmente de no haber sido expulsados de España y les forzó a centrarse en sus obligaciones docentes y de investigación en los países de acogida. Su dedicación plena se tradujo en una actividad creadora y, además, de largo aliento por la holgura de plazos que una expatriación prolongada les concedió. Su aporte científico tuvo un efecto inmediato y, a la larga, incidió también sobre España cuando empezó a ser conocida bajo cuerda. En esta segunda parte del trabajo, propondré un balance escueto de la acción desplegada. El muestrario se limitará a pocos puntos: la fundación de escuelas de investigación, el cultivo

preferente de cuatro temas históricos, sin excluir otros menos reiterados, y la copiosa labor de difusión y popularización de la historia.

Los historiadores exiliados no se contentaron con abordar temas de su elección, sino que animaron a colegas y discípulos a investigar compartiendo ideas y procedimientos. Más de un antiguo alumno ha dejado constancia escrita del deslumbramiento que la personalidad y capacidad de su maestro le causó y que le impulsó a seguir sus pasos. El arrastre culminaría con la constitución informal de escuelas. Gaos y Miranda encabezaron dos en El Colegio de México: de historia del pensamiento una y de historia americana la otra. Mi padre logró constituir contra todo pronóstico una de medievalistas alrededor de una cátedra y luego de un Instituto de Historia de España en la Universidad de Buenos Aires. Órgano de la escuela fueron los *Cuadernos de Historia de España*, única revista de historia de España en el exilio y que sigue, por añadidura, publicándose hasta ahora. Castro radió desde Princeton, Estados Unidos, y representa una cuarta escuela dedicada a la historia cultural. En las aulas, los exiliados innovaron dotando a la enseñanza de un estilo más participativo e inquisitivo que el usual hasta entonces. Docencia e investigación marchaban para ellos unidas. Parte de esa investigación se orientó hacia la historia de España que, a pesar de tropezar en el hemisferio occidental con obstáculos casi insalvables, no quedó descartada. La documentación histórica había quedado en efecto atrás en el territorio militarmente ocupado y los archivos quedaban por consiguiente fuera del alcance del exiliado. A pesar de vetos y distancias, algunos historiadores salvaron el foso que los separaba de la información con empeño y con despliegue de ingenio, e hicieron historia a distancia.

Los datos que necesitaban para sus estudios los obtuvieron de varias maneras. Altamira, en edad de retiro cuando eligió exiliarse, pudo escribir en México ensayos o síntesis que alcanzaron amplia difusión. La información indispensable se hallaba básicamente en su cabeza. Mi padre hizo uso del capital acopiado antes durante los cuatro decenios que vivió fuera de España, es decir que sacó partido de los apuntes cuidadosos que había tomado antes de la guerra y que tuvo la suerte de salvar de los bombardeos de Madrid y Burdeos. Con ellos en las maletas cruzó el Atlántico. Los más de los historiadores no pudieron sin embargo contar ni con la experiencia ni con las fichas que proporcionaba la veteranía. El zarandeo de un lado para otro hizo incluso que algún manuscrito se perdiera.

En suelo americano, información específica sobre España había poca. La excepción la constituye el fondo histórico de la embajada de España en México, que se remontaba al inicio de las relaciones diplomáticas en el siglo XIX. Los papeles se hallaban, por lógica, en la representación española de la capital azteca y permanecieron bajo su custodia mientras el gobierno mexicano respetó la acreditación republicana, hasta la desaparición de la dictadura franquista. Nicolau d'Olwer, siendo embajador, optó por dar a conocer la faceta española de las relaciones entre ambos países. Los cuatro volúmenes que llegaron a publicarse cubren sólo una parte del proyecto original. Aunque no llegara a completarse, el impulso no se perdió, sino que prosiguió en la obra ulterior de algunos de los colaboradores, como fueron Miquel i Vergés y Malagón. Los archivos europeos contenían en cambio bastante documentación. Países como Francia e Inglaterra con relaciones de vieja data y considerables intereses en España, guardaban importante información sobre sus tratos con el vecino o sobre las condiciones imperantes en el país. En un viaje de la Argentina a Europa consulté los archivos diplomáticos y económicos franceses e ingleses. Ellos me permitieron desbrozar aspectos de la historia económica del siglo XIX y demostrar que cabía hacer contribuciones originales sin tener acceso a los archivos patrios. Las grandes bibliotecas, sobre todo las de los Estados Unidos, dotaron por su parte a la historia cultural de importantes evidencias.

La historia de España no atrajo la atención por igual en el exilio. Más que nada, los refugiados estudiaron la historia americana, la cultural, la social y el período de la República, guerra civil y exilio, temas, salvo el primero, contrapuestos por cierto a los que el régimen dominante en España prefería, imponía o vetaba. La discrepancia entre exiliados y usurpadores no se circunscribía pues al campo de las ideas o del poder, sino que se extendía a la visión de la historia. Los historiadores exiliados se decantaron por cuestiones o épocas en consonancia en gran parte con su condición. Cuando el exiliado se inclinaba por la historia americana, se rendía ante la disponibilidad de las fuentes locales. Se sometía a los requerimientos de la disciplina, pero

no creía desentenderse de España, sino que seguía ocupándose de ella por figura interpuesta. En la historia cultural, hallaba refugio la nostalgia incurable del desterrado que le elevaba hasta las cimas de su pasado. La historia social, una faceta nueva, cuajó al preguntarse los exiliados sobre los conflictos sociales constantes en los decenios anteriores. El trinomio república-guerra civil-exilio representa, en fin, la historia viva en la que los refugiados acababan de participar en primera fila.

El americanismo atrajo a muchos estudiosos, cuyos nombres no repetiremos. Para que conste mejor la amplitud del campo, sólo añadiremos un par de ejemplos apartados entre sí como son Madariaga, autor de obras de gran difusión en varios idiomas, y Castedo en la historia del arte latinoamericano. Junto a ellos deben figurar los antropólogos consagrados al mundo prehispano (Palerm, Comas, Carrasco, Canals Frau...), cuyo tiempo sólo el prejuicio deja fuera de la historia. La corriente cultural la encabeza la conocida interpretación general de la historia de España de Castro. Dentro del mismo género, se sitúan los estudios de historia de las ideas (Gaos), de la vida intelectual (Jiménez Fraud), de la música (Salazar) y de la pintura (López Rey), entre los más notables. La historia social hizo su primera aparición dentro de las historias contemporáneas de Bruguera o Ramos Oliveira, pero sólo adquirió entidad propia con las primeras síntesis documentadas del movimiento obrero que escribieron antiguos militantes: Abad de Santillán publicó una historia general del movimiento obrero, Peirats se ocupó de la CNT y del Rosal de la de la UGT. Tuñón de Lara puso finalmente un sello académico al tema, al tiempo que se ocupaba de historia política y cultural contemporáneas.

La cuarta tendencia -república, guerra civil y exilio- requiere una consideración más detenida por lo flamante del tema y por la proliferación de libros que mereció. Próxima a los hechos que iba a evocar, venía a extender hacia adelante el dominio de la historia de España, antes de que la documentación pertinente se hallara disponible a consulta. Era la hora de las memorias, de los testimonios aclaratorios o justificativos y de los primeros ensayos de interpretación. Era por lo mismo la ocasión de descargar recuerdos o de intentar entender lo sucedido. Confesiones o comentarios constituyen siempre materiales imprescindibles para la reconstrucción de la historia, pero, desiguales según rango o pluma del testigo, necesitan de criba y de contraste. El destierro produjo tales obras en mayor profusión y con mayor sinceridad y capacidad reflexiva que las más escasas y retóricas publicadas en el bando vencedor. Los libros escritos en primera persona en el exilio relativos a la República y a la guerra civil ocupan paredes forradas de estanterías, como las que se encuentran en el Ateneo Español de México. La hilera abarca, para abreviar, desde Miguel Maura en un extremo a la Pasionaria por el otro, dejando, en el centro, a Azaña. En este desfile, los testimonios militares ocupan un lugar especial (Rojo, Líster o Mera). Un segundo grupo de obras lo constituyen las interpretaciones en caliente, pero con retraimiento en la mirada. Zugazagoitia, actor destacado, pero también fino observador, escribió una primera exposición y juicio sobre la guerra. Los antecedentes intelectuales del conflicto fueron explorados pronto por Castillejo, Mendizabal o Madariaga. Una compilación crítica de todo lo escrito sobre la guerra civil, en gran parte durante el exilio, ha sido pacientemente completada por García Durán. Estudios sobre el destierro o sobre partes del mismo conforman una sección aparte de este conjunto. Lloréns, por ejemplo, dio a conocer una historia y a la vez un testimonio personal del que fue a la República Dominicana. Vilanova recopiló la participación armada de los refugiados en la Segunda Guerra Mundial. Predominio no supone exclusividad. Tres ejemplos de temas abordados rebasan lo estipulado: mi padre mantuvo su fidelidad al medievalismo, González López incursionó por la Edad Moderna en una historia de Galicia bajo los Austria; y, en un plano más modesto, me ocupé, como he dicho, de historia económica contemporánea.

Un círculo envolvente de divulgación histórica acompañó a una producción original. Estudiosos, ensayistas y periodistas participaron en esa difusión por cualquier medio a su alcance: edición, prensa, radio, etc. Los desterrados redactaron manuales para la enseñanza, escribieron síntesis de alta divulgación, compusieron ensayos y artículos para enciclopedias y revistas de carácter general y se prodigaron también en la prensa con millares de colaboraciones que les dieron mayor visibilidad que las obras sesudas. Encarnación de polígrafo fértil es el Abad de Santillán. El afán mostrado por transmitir conocimientos respondía, por encima de la elemental necesidad de redondear ingresos, a una concepción muy republicana del saber que, se pensaba, no debía quedar encerrado en manos de una élite, sino que había de extenderse

hasta las masas, cualquiera fuera éstas. El resultado fue que, gracias a la amplia labor difusora de los republicanos, la información que Hispanoamérica dispuso sobre España aumentó y, de esa hecha, la imagen pública de ésta quedó enaltecida.

Los propios exiliados fueron fuertes consumidores de la producción histórica reseñada. Por su dimensión y capacidad de lectura, el exilio llegó a constituir un mercado en gran parte propio. De otro modo no se explica que tantos testimonios sobre la guerra y el exilio y otras obras encontraran salida, cuando la venta en España, su lógico destinatario, les estaba cerrada. La proscripción taxativa de autores y libros del exilio, aún los más anodinos, se añadió a la censura general que afligía a todos los escritos presentes y pretéritos. La escasez de transporte mientras duró la guerra mundial agravó la cesura. La derrota del nazismo hizo luego aflojar los resortes del Estado y el contrabando se encargó de que la obra histórica penetrara en España, a la vez que el resto de la producción intelectual del exilio. En España, la historia escrita en América y luego en Francia alcanzó en algún momento aceptación e influencia públicas y académicas. Es éste el caso ante todo de la controversia surgida entre Castro y mi padre, que arrinconó a cualquier otro debate local. La alternativa crítica que el exilio ejerció desde el extranjero, unida naturalmente a la renovación técnica y conceptual venida también de afuera, contribuyó finalmente al rejuvenecimiento de la historiografía española que ha alcanzado niveles excelentes en los últimos decenios.

Del exilio recordado en esta ocasión, cabe preguntarse antes de terminar ¿por qué elegir como tema la historia y la profesión aneja? El destierro suele estudiarse encarnado en pocas figuras y como un fenómeno político, intelectual y, cada vez más, en su dimensión regional. La costumbre tomada por los historiadores de centrar la cuestión en personalidades representativas y mejor documentadas es excusable por ser la solución más fácil. Semejante sesgo acarrea sin embargo un grave descuido. Los problemas y comportamientos específicos quedan desatendidos. Para evitarlo, se impone subir al escenario a más actores. La historia y los historiadores son sujetos susceptibles de este escrutinio. Suscribo pues con satisfacción las observaciones finales de un recentísimo artículo sobre las formas de historiar el exilio español (*Historia Social*, 42 (2002): 121). Ante la fragmentación en curso del exilio por regiones, a la que la autora no ha escapado, Plá Brugat declara ahora con gran certidumbre que semejante tendencia “ha contribuido a esconder fracturas mucho más profundas, como son las de índole política para los primeros años del exilio, y, más aún, las derivadas de los diversos orígenes sociales de los exiliados que tienen un peso definitivo que sólo es posible observar en su real magnitud con el paso de los años”. Los años a los que Plá Brugat apunta han pasado ya. El exilio necesita su sociología y el grupo de historiadores su examen historiográfico. Éstas páginas sólo aspiran a llamar la atención sobre ambas necesidades para que la experiencia del exilio quede fielmente recogida.